

UN VOCABLO CAÍDO EN DESUSO

A menudo me pongo a pensar qué es la educación. Inmediatamente, aparece en mi mente, la imagen de una escuela con la bandera flameando.

Aunque esa bandera, en los últimos tiempos, debería haber quedado a media asta, pues, en términos generales, la educación ha desaparecido.

Claro que se trata de una definición muy amplia...

Pero, ¿Cuándo se comienza a educar?

Sin lugar a dudas, desde el momento del nacimiento. Cuando dejamos a un bebé llorando para que no se acostumbre a estar en brazos, o decidimos reordenar los horarios de las mamaderas, para que el niño aprenda que no estamos a su disposición para alimentarlo cada media hora, no hacemos otra cosa, que combinar *amor y límites*.

Entonces, ¿Qué raro sentimiento se nos cruzará por la cabeza, como para truncar aquella educación precoz?

Hace muchos años, oí, que para definir lo que es un límite, había que pensar en una ruta, durante una noche cerrada. Si el auto circula sin luces, se desconoce dónde termina el pavimento, corriendo el riesgo quien conduce, de salirse de él.

En cambio, si las luces están encendidas, se iluminarán las líneas de los bordes, pudiendo reconocer exactamente entre qué espacios se debe conducir para no salirse del camino correcto.

No he escuchado jamás una descripción más gráfica y precisa. La vida es una ruta oscura y nuestros consejos de padres, son las luces del auto. Una vez que nuestros hijos se acostumbren a encender esas luces, ya nada los sacará de su camino. Eso es *educar*.

Difícil tarea nos toca, pues sólo podemos improvisar sobre la marcha, dado que nadie sabe ser padre. No existe escuela

para padres, ni tampoco dos niños iguales. Por lo tanto, lo que resulta aplicable con uno, puede no serlo con otro.

Cuando «M» era pequeño, traté de inculcarle aquellas cosas que «*deben*» hacerse, por ética, porque corresponde o simplemente porque forman parte de las buenas costumbres.

Pero en más de una oportunidad, me ha reprochado esa rectitud, al observar que otros compañeros no se manejaban con el mismo criterio.

Recuerdo haberle enseñado, por ejemplo, que ir a la dirección de la escuela, es una penitencia que vale la pena evitar. Sin embargo, una vez, volvió del colegio convencido de que ese lugar era el mejor del mundo, pues mientras el grado continuaba en clases, tres compañeros con mala conducta, habían pasado allí toda la mañana, probando nuevos softwares para las horas de informática.

En la secundaria, ya no se aplican amonestaciones. *¿Quién podría ser capaz de tomar semejante medida?*

Por la historia reciente que nos ha tocado vivir, coexiste un concepto erróneo que relaciona los límites con un régimen totalitario.

A quienes sostienen esta idea, debo recordarles que toda sociedad se maneja bajo reglas y normas, empleando el sistema de premios y castigos.

La escuela pide a gritos la colaboración desde el hogar, pues asegura que sin ella, es imposible cumplir con su objetivo. Y los padres, solicitamos reciprocidad, pues percibimos que muchos valores se han desvirtuado precisamente donde deberían engrandecerse.

El año pasado, se vivió un episodio por demás desagradable, que nos tocó de cerca, pues, la víctima de 6 años, es hija de una familia amiga.

Un compañero de grado, le clavó un punzón en la espalda. El niño fue hospitalizado y luego de algunas curaciones,

dado de alta ya que se trató de una herida relativamente superficial.

El colegio no intentó tomar ninguna medida con el agresor, pues se trataba de un chiquito con *problemas* y separarlo del grupo hubiera sido *discriminarlo*.

Sólo se llegó a un final feliz (al menos para mí), por presión de los papás de ese grado, quienes se pusieron firmes indicando que si el chico seguía como alumno, sus hijos, no asistirían a clases.

¿Es posible que para evitar discriminar a un niño, se tome la decisión de discriminar a 30? ¿En qué condiciones hubieran continuado sus clases, sabiendo que podrían vivir otro hecho de violencia similar?

Por otra parte, casi descaradamente, los adultos, han iniciado un camino en defensa de lo indefendible, enfrentándose con los docentes para *resguardar a sus angelitos*.

En consecuencia, como los maestros temen represalias, cuando consideran la posibilidad de sancionar a un alumno, les «*piden permiso a sus padres*» al punto de hacerles firmar su consentimiento para evitar denuncias posteriores. ¿Un chiste? Les aseguro que no.

Con mucho juicio, buscamos a conciencia el mejor colegio para nuestros hijos. Muchos, optan por los religiosos, para asegurarles una educación que *los acerque a Dios y los ampare de los males de la humanidad*. Y ¿quieren que les confiese algo? De las bocas de esos niños, he oído los peores chistes racistas.

No tengo dudas de que en estas condiciones, no tenemos futuro. Parece que nadie repara en que estos chicos, dentro de diez o quince años, serán adultos sin códigos.

En su paso por preescolar y con una maestra angelical pero de poco carácter, «M» había participado de una clase compartida con la sala de *cuatro*.

A su regreso, tuve la curiosidad de saber qué habían hecho 50 monstruos juntos, con su maestra, y con la otra, que solía ser muy recta aunque cariñosa.

Él, me había asegurado que se habían portado muy bien, pero como no le creí, me aclaró:

-Es que con Norma, te portás bien o bien.

Entonces, le seguí el juego y le pregunté:

-¿Y con Leonor?

-Ah, con Leonor, te portás bien o te portás mal.

¿Cómo un ser tan pequeño, podía tener tan claro el panorama? Muy simple, conociendo los límites que se le imponen.

Y lo comprobé en los años posteriores pues, ya en la primaria, con cada nuevo maestro, estrena su cuaderno de comunicaciones trayendo una observación por conducta. Siempre una por año.

Entonces, quise saber cuál era el motivo para que sólo se *pasara de la línea* durante los primeros días de clases.

Su razonamiento me dejó perpleja. Él actúa libremente, mientras va conociendo a cada uno de los docentes. En cuanto le ponen el límite, se detiene. Y luego, a lo largo del año, se mantiene dentro de la flexibilidad del maestro. Es hijo del rigor. *Pero muy observador.*

Tan objetiva soy, que me esmero en criticar con la misma firmeza a padres y docentes.

Desde que «M» es alumno, la escuela intentó persuadirme de lo *sublime* de la profesión del maestro.

Lo habrá sido años atrás. Ya no.

Particularmente, no creo que a esta actividad, le deba algún reconocimiento especial. Es un trabajo, y ellos lo ejercen como tal.

Desde mi punto de vista, quedan muy pocos que lo desempeñan por vocación.

La mayoría, se limita a cumplir con su horario, igual que cualquier mortal. Y como ejemplo, sobra el de quien espera que sus alumnos adquieran *una actitud solidaria*, pero suele demorar

un mes en corregir evaluaciones de tres preguntas, aunque sus discípulos ya no la apuran, pues saben que «*ella cobra por ocho horas de trabajo; y así como no lleva al colegio ropa para planchar, tampoco lleva las pruebas para corregir a su casa.*»

No es el único ejemplo de decadencia de la educación. El grado de mi hijo ha sufrido la debilidad emocional de una maestra recién recibida, que les dio a sus alumnos, demasiada libertad. Pero cuando se dio cuenta, ya era tarde.

Los maleducados, durante semanas, la cargaron por su color de piel, hasta que consideró que habían llegado muy lejos, evidenciándolo con un llanto que sólo pudo calmar el director.

Y aunque no lo crean, ningún papá recibió una citación por parte del establecimiento.

Podría citar muchos otros ejemplos, pero sería más de lo mismo.

Decidí exponer el siguiente, con el propósito que ustedes sean testigos de la ignorancia de esta nueva generación de adultos, que tienen en sus manos la responsabilidad de enseñar a nuestras *palomitas blancas*.

En cuarto grado, «M», tuvo la suerte de contar con una maestra suplente de *Lengua*, que quedó a cargo de los niños durante todo el año lectivo. Pero por unos días, tomó licencia. De modo que fue reemplazada por otra suplente para cubrir su cargo.

Esta nueva maestra, había pedido las carpetas para corregir. Mi admiración por ella, se desmoronó cuando leí el siguiente mensaje: «Te felicito por tu *prolijidad*.»

Traté en vano de aclararle a mi hijo que esa palabrita, se escribía con «j». Palabra santa la de su maestra, pues no me creyó, hasta que la buscó en el diccionario.

Cuando su titular volvió, el chico quiso mostrarle el grave error que había cometido quien la suplantó.

Pero para su tristeza, comprobó que el diccionario mentía. Su adorada maestra, le confirmó que efectivamente, *prolijidad* se escribía con «g».

La sociedad en que vivimos, es demasiado compleja. Si deseamos educar a nuestros hijos convencidos de lo imprescindible que resulta vivir en una ciudad limpia, no alcanzará con dar el ejemplo, pues enseguida nos harán notar cuánta gente arroja papeles en la vereda y cuánta otra no junta la caca de sus mascotas.

Y si todavía a esa altura seguimos pregonando tanta excentricidad, nos mostrarán cómo mágicamente, el tacho de basura que ayer colgaba del árbol de la esquina, hoy ya no está.

Insistimos en educarlos para que fundamenten su vida en la dignidad y la honestidad como dos pilares irrevocables con que debe proceder un buen ser humano, pero al mismo tiempo, los cubrimos de información acerca de políticos corruptos, que además ostentan títulos que no tienen y los saturamos de programas de televisión, donde los jóvenes demuestran que no es necesario saber hacer *nada* para ganar cinco minutos de fama.

Y en medio de todo, quedan nuestros hijos, tratando de esclarecer su confusión, pues, a esa altura suponen que sus padres han vivido equivocados en sus conceptos.

Pero nosotros, no estamos al margen de ese doble discurso. ¿Quién no *adornó* alguna vez a la policía para no ser multado? ¿Quién no ha descargado ilegalmente música de Internet? ¿Quién no ha mentado sobre sus ingresos para pagar menos impuestos? Como si los enumerados aquí, no fueran delitos...

Somos así; suponemos que todas estas acciones, son menos graves que robar o matar. Pero también, especulamos con *nuestro pequeño delito de cada día*, al divisar nuestro triste porvenir con grandes delincuentes sin condena.

Una sociedad sin educación, no tiene futuro. Pero una sociedad sin justicia, tampoco.

El siglo XX, marcó el comienzo de una era en el tema de la psicología y ya somos minoría, los seres humanos que todavía podemos prescindir de sus servicios.

Frecuentemente, y aún ante un tema irrelevante, oigo hablar de los consejos del psicólogo. Ellos forman parte de la vida del hombre común. Se han metido en sus cabezas y lograron conformar un ejército de autómatas que funcionan a partir de sus recomendaciones, y que ya no son capaces de tomar decisiones sin consultarles.

Pero ¿quién aconseja a estos profesionales modernos? Honestamente, no conozco hijos más malcriados que los de los propios psicólogos.

Ellos, se han llenado la boca, liberando a la mujer de su casa, de su marido y también de sus hijos. Y han esgrimido durante años su *caballito de batallas* para sacarle un peso de encima a la mujer actual, argumentando que *no importa la cantidad, sino la calidad del tiempo que se les dedica a los hijos*.

En mi opinión, una farsa. ¿A qué se referirán cuando hablan de *calidad*? Tal vez, cinco minutos diarios de contacto sean considerados suficientes para cumplir con una asistencia perfecta a la hora del cuento nocturno de los más pequeños.

¿Y qué queda para el niño que ha crecido? ¿Cómo controlar su tiempo libre estando lejos de casa?

Se de muchos padres que desconocen qué han hecho sus hijos en la escuela y que permanecen ausentes de cada una de sus actividades cotidianas.

Con toda certeza, esos niños, son mucho más maduros que mi hijo. Se desenvuelven como adultos. Pero se están perdiendo una parte de su infancia.

Exigen mucho, porque saben dónde está el punto débil de los padres. Y consiguen lo que quieren. Entonces relacionan calidad con cosas materiales.

Y solemos verlos con el último celular que ofrece el mercado, con supermodernos reproductores de video, que luego olvidan en alguna parte y son reemplazados por otros mejores o con la última consola de juegos, que es envidia para cualquiera.

Y aquí hago un alto, pues me siento involucrada en este tema. No puedo ignorarlo ni hacerme la distraída.

Incluso siendo una madre presente, me he dado cuenta, de que esta generación de niños, carece de imaginación. Algunos, lo tienen todo. Pero siento que no disfrutan de nada por esa necesidad extrema de consumir. Es una cadena.

Mueren por tener algo que desean, y cuando lo consiguen ya no les interesa. Y en este caso, creo que estoy fracasando.

Me resulta muy complicado poner límites. Pues, cuando considero que lo que «M» me pide es una locura que no está acorde a su edad, me demuestra que sus amigos ya disfrutaban del *premio*. Y entonces, siento que soy yo la equivocada.

Quienes pertenecemos a la clase media argentina, nos desvivimos por nuestros hijos. Invertimos todo nuestro capital apostando a su futuro.

Entonces, saturamos a los chicos de obligaciones e intentamos darles la mejor educación. Pero también, sin darnos cuenta, entramos en la *vorágine* del consumismo, premiándolos con un par de zapatillas como las de *fulano* o prometiéndoles para el próximo cumpleaños, la misma computadora que tiene *mengano*.

Siempre creemos hacer lo mejor por ellos. Pero muchas veces, los perjudicamos.

Cada uno como padre, carga con su *debilidad*. Y solemos ver la paja en el ojo ajeno, criticando a los demás por su mal accionar ante las conductas de sus hijos. Pero el sólo hecho, de comenzar a reconocer nuestros errores, ya es un paso adelante.

Y es ahí, donde me enfrento conmigo misma, tratando de ponerme límites cuando mi impaciencia o mi condición de madre sobreprotectora, me impiden exigirle a mi hijo que cumpla con sus obligaciones, pues ésto no hace más, que limitarlo en sus progresos.

Como ejemplos tangibles, ordenarle la ropa que ha dejado tirada; preparar los útiles para el colegio o completarle una tarea que quedó a medio hacer, son suficientes.

Y en este caso, las críticas que recibo, duelen porque sé que estoy obrando mal.

Pero no intento más, esconder mis debilidades ante los demás. Porque, como dije antes, cada uno carga con la suya.

Y me siento con derecho de reírme de otros, cuando me entero de las mamás que preparan platos especiales para algunos malcriados, que eligen entre dos o tres posibles como si su casa fuera un restaurante (porque si no es así, no comen) o cuando alguna otra ayuda a su hijo de 12 años a vestirse, justificándose porque hace mucho frío.

De todas formas, todos los niños consentidos, saben bien hasta dónde llegar. Y sobre todo con quién. Pues es habitual verlos desenvolverse fuera de su hogar, con una independencia absoluta. Y «M», no es la excepción.

Los chicos crecen demasiado rápido. Y toda la dedicación y el amor puestos en ellos, se multiplican a medida que pasa el tiempo.

Nunca quise perderme nada, porque cada segundo que desperdicio sin estar con él, es irrecuperable.

Seguramente, a partir de ahora, me tocará acompañarlo en lo más difícil de su evolución.

Si bien, aún conserva sus características de niño, puedo distinguir ya, algunos indicios de adolescente.

Tiene respuestas de adulto pero un corazón inocente.

Por momentos, lo observo descubriéndose un grano en su cara que aún no responde a un signo de acné, pero a él lo obsesiona igual.

Ya vivió la experiencia de ver imágenes pornográficas en compañía de sus amigos de la escuela y, precisamente allí mismo. Y con la misma soltura y tranquilidad con que me lo ha contado, cada noche me llena de besos y abrazos y reclama que lo tape y lo despida cariñosamente cuando se va a dormir.

Esas dos personalidades, conviven con él, alternándose día a día.

No se qué me espera de aquí en adelante. Pero estoy segura de que sea lo que sea, me tendrá a su lado, guiándolo y amándolo como desde el primer día y convirtiendo definitivamente la educación que le doy, en las luces de aquel auto que ya está aprendiendo a conducir.

**ESTA OBRA QUEDÓ REGISTRADA EN LA DIRECCIÓN NACIONAL
DEL DERECHO DE AUTOR EL 16 DE NOVIEMBRE DE 2007
BUENOS AIRES - ARGENTINA
EXPEDIENTE N°: 618741
FORMULARIO N°: 145024**

**Creative Commons Reconocimiento-No comercial-Sin obras
derivadas 2.5 Argentina License.**